

perdido de tal modo su inteligencia de antes, que no se apercibe de que el principal de los cuernos, el primero de los artículos, es la consagración doctrinal de la anarquía política en que la sociedad humana se abisma en nuestros días. Y hasta ahora, ni el gobierno ni el episcopado francés han hecho esfuerzo alguno notorio para restablecer en Francia universidades ó al menos facultades verdaderamente católicas, universidades ó facultades autorizadas y vigiladas por el Papa. Lejos de eso, contra el Papa, contra Roma han intentado resucitar la Sorbona degenerada varios gobiernos y los obispos Frayssinous y Quélen. Por eso tenemos la más profunda convicción histórica de que á causa de esa ceguera culpable y obstinada ha despedido la Providencia los gobiernos anteriores. Y si el gobierno actual de Francia, cuyo advenimiento es tan tranquilizador para la Iglesia y para la Europa, hubiere más adelante de seguir las mismas huellas, se podría pronosticarle desde hoy la misma suerte.

Dícese que la historia es la escuela de los príncipes; pues bien: ¿hemos visto acaso en toda la historia de los siglos cristianos que haya habido un solo príncipe razonable, verdaderamente católico y que supiese gobernar por sí mismo, que se haya puesto en pugna con la Iglesia y con su Gefe? ¿Lo hemos visto en un Teodosio, en un Marciano, en un Carlomagno, en un San Enrique, en un San Luis, en un Rodolfo de Habsbourg? Y no se nos objete el ejemplo de Luis XIV; porque hemos visto que este príncipe era gobernado, y quería serlo, por los que le rodeaban. Supongamos al contrario que volviera Carlomagno y aun Napoleón, pero corregido por la historia de este mundo y del otro: ¿qué haría? Haría lo que hizo el primer Carlomagno: sería el amigo íntimo y cristiano del Papa, se diría y se mostraría, como el primero, el devoto defen-

sor de la Santa Iglesia y el auxiliar de la Silla apostólica en todo; para proteger la predicación de la fé católica y la independencia de la Iglesia romana, tendría levantada la espada de la Francia, no solamente sobre las orillas del Rhin y del Vaser contra los bárbaros del Norte, no solamente sobre la cumbre de los Pirineos y de los Alpes contra las invasiones de los mahometanos y los ataques de los cismáticos y rebeldes, sino por toda la tierra, en el África hecha francesa, en Constantinopla, en Jerusalem, en Persia, en la India, en la China, en el Japon, en la Corea, y en las islas del grande Océano, incluso el Nuevo Mundo. Hijo mayor de esa gran familia que se llama Iglesia católica, el nuevo Carlomagno no llevaría á mal que sus hermanos en poder hicieran otro tanto; su único derecho como primogénito es darles ejemplo.

En el interior del imperio francés, lejos de impedir á los obispos la celebración canónica de concilios, el nuevo Carlomagno les escitaría á ello de acuerdo con su amigo el Papa; y no tendría miedo de lo que en ellos se decidiera, porque él mismo les haría observar la ley fundamental de los concilios, que es someter sus actos y decisiones á la aprobación del Romano Pontífice. De esta manera tan sencilla estaba seguro de que nada saldría de ellos que sea perjudicial á la buena armonía entre la Iglesia y el imperio, y aun se valdría de ellos para restablecer las antiguas universidades de Francia, no como escuadras de espías ó de tiradores contra el Papa, sino como corporaciones escogidas, versadas en todo el conjunto de las ciencias divinas y humanas, siempre prontas y siempre dispuestas á ayudar al Papa en el gobierno espiritual de la humanidad entera, siempre preparadas para ilustrar las cuestiones difíciles, para relutar los errores antiguos y modernos, para discernir lo que hay de verdadero y lo que hay de

falso en las opiniones intermedias. El primer Carlomagno hizo de su propio palacio la primera Academia, la primera Universidad católica de Francia. Un día, en el ardor de su celo por igualar la ciencia de los antiguos Padres, exclamó: «¡Ah! ¡si yo tuviera una docena de clérigos instruidos y sábios como lo fueron Gerónimo y Agustín!» — «¿Cómo pues? le respondió Alcuino; el Criador del cielo y de la tierra no ha tenido más que dos hombres de ese mérito, ¿y vos querriais tener doce?»

Por do quiera se revela el alma generosamente católica de aquel hombre grande. En las ordenanzas ó capitulares concernientes á la Iglesia, de otro modo, el género humano divinamente regenerado, hay ideas mucho más grandes, mucho más claras y francas que las que de ella tenían el emperador Justiniano y sus legistas byzantinos. Bajo este concepto Justiniano no es más que un compilador inconsecuente y sofista. Carlomagno abraza en su espíritu y en su corazón aquella sociedad entera de Dios con los hombres y de los hombres entre sí, que Confucio, Platon y Cicerón desearon y presintieron, y que nosotros llamamos Iglesia católica. Y lo que Carlomagno piensa, lo ejecuta como lo piensa, con aquella ingenuidad, con aquella grandeza, con aquella franqueza que forman su carácter y que le hacen más grande que los grandes hombres.

Hoy día, un príncipe de este carácter al frente del imperio francés no tendría más que dar el ejemplo del bien completo, para que la Europa entera hiciera como la Francia. Los tiempos son favorables. El catolicismo conserva en Europa una unidad más viva que lo que quizá se sospechaba; unidad que de quince á veinte años acá se manifiesta por todas partes. El pueblo católico de Francia, el pueblo católico de Alemania quiere ser católico romano sin distinción ni reserva. Los esfuer-

B. del C., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

zos cismáticos para fabricar un catolicismo francés ó alemán han abortado en el cieno. Después de tantas revoluciones y trastornos, se han celebrado concilios en Alemania y en Francia y han sometido sus decisiones al Papa, no solo sin incurrir por ello en vituperio alguno, sino con gran satisfacción de todos los fieles. En Roma se censuran obras y son puestas en el Índice, y esto basta para que el pueblo cristiano no las quiera y las rechace, de modo que los autores tienen que someterse si es que quieren conservar fama de verdaderos católicos; quien emprendiere justificarlas contra la censura de Roma, no conseguiría otra cosa que hacerse á sí mismo sospechoso. Lo mismo sucede con los periódicos. ¿Aparece alguno de un católico, pero que parece algún tanto hostil á la Santa Sede? Pues muy luego desaparece por falta de lectores, aun cuando vaya firmado por escritores distinguidos y pueda gloriarse de ilustre protectorado. Al contrario, si una obra, sea indígena, sea extranjera, respira adhesión á la cátedra de San Pedro, es recibida favorablemente y tiene séquito en el pueblo fiel, aun cuando su autor carezca de todo apoyo humano y tuviese contra sí poderosas prevenciones.

Unas universidades católicas romanas serían acogidas del mismo modo en toda la Europa católica y atraerían universales bendiciones sobre sus fundadores. Los obispos de Francia no han hablado todavía de esta buena obra en sus concilios. Los de Austria hablan de establecer en su país una escuela superior con una facultad de teología; esto sería una repetición de gran seminario, pero no una universidad propiamente dicha. Los seminarios pertenecen á las iglesias particulares, las universidades á la Iglesia universal; las ha fundado la Silla apostólica, y no son meros establecimientos de instrucción, sino unos tribunales, unos areópagos de la ciencia, con

autoridad para decidir en primera instancia. Así lo vimos en tiempo de Lutero con las universidades de París y de Lovaina. Y hé ahí lo que los obispos de Baviera, en su Memoria de 20 de octubre de 1850 dirigida al rey, piden de una manera clara y terminante: una corporación eclesiástica, sujeta á la inmediata vigilancia del Papa, que puede ejercerla por algunos obispos del país. Por lo demás, la Alemania católica posee ya una universidad católicamente nacional en el colegio germanico de Roma; con lo cual aventaja en mucho á la Francia católica, la cual no tiene una universidad católicamente nacional ni en Roma ni en Francia. Tampoco vendría mal á la Alemania tejer una universidad católicamente nacional en la misma Alemania. En 1848 vió reunido en Wurtzburgo (Franconia), con la aprobación del Soberano Pontífice, un concilio católicamente nacional de cinco arzobispos y diez y seis obispos para proveer á los medios de salvar á la Alemania católica en medio de la horrible borrasca que derrumbaba los tronos y trastornaba las naciones. Los cinco arzobispos son: El cardenal príncipe de Schwartzemberg, arzobispo entonces de Salzburgo, ahora de Praga; Juan de Geissel, arzobispo, y ahora cardenal de Colonia; Hermann de Vicari, arzobispo de Friburgo en Brisgau; Carlos Augusto de Reisach, arzobispo de Munich y de Frisinga, unidos; Bonifacio de Urbano, arzobispo de Bamberg. Los diez y seis obispos son los siguientes: Antonio Sedlag, de Culm; Juan Jorge Muller, de Munster; Carlos Antonio Lupke, de Onabruck; Santiago José Wandt, de Hildesheim; Francisco Drepper, de Paderborn; Pedro José Blum, de Limburgo; José Lipp, de Rottemburgo; Jorge Antonio Stahl, de Wurtzburgo; Jorge de O. ul, de Eichstaed; Pedro Richard, de Augsburgo; Nicolás Weis, de Spira; Valentin Riedl, de Ratisbona; José Ditrich, vi-

cario apostólico de Dresde; Guillermo Arnoldi, obispo de Tréveris; Francisco Grossmann, obispo auxiliar de Waravia; Enrique Hofstesser, obispo de Passau. A estos veintio prelados hay que añadir los tres representantes de los obispos de Breslau, de Maguncia y de Olmutz. Además, el cardenal arzobispo de Salzburgo, que presidió el concilio nacional de Wurtzburgo, había tenido antes el de su provincia eclesiástica en el mismo Salzburgo con los obispos de Trento, de Brixen, de Gurk, de Lavant, y los administradores de Seckau y de Leoben.

Si pues el jefe temporal de la Francia católica y el jefe temporal de la Alemania católica quisieran entenderse con el jefe espiritual del catolicismo, nada sería más fácil que establecer algunas universidades verdaderamente católicas, que les ayudarian poderosamente á los tres á curar en favor de su misma causa las febriles agitaciones de la Europa y á propagar entre todas las naciones de la tierra, comenzando por los griegos, los principios de la verdadera civilización, de la verdadera pacificación, de la verdadera regeneración social, que no es otra que el catolicismo romano.

Por lo que hace á los griegos de Constantinopla, nacidos en el cisma de Focio ó de Miguel Cerulario, hé aquí las noticias más recientes y más auténticas acerca de sus disposiciones. Estas noticias las tomamos de una carta del 20 de noviembre de 1840, escrita á la *Propagación de la fé* por el señor Esteban, procurador general y después superior de los paules: «La ignorancia es casi lo único que los tiene alejados del centro de unidad, pues ni siquiera saben qué puntos de fé los separan de la verdadera Iglesia. Estos hermanos extraviados hacen consistir toda su religión en algunas prácticas exteriores, que les sirven de símbolo y hasta de oraciones. A

pesar de su antipatía con los católicos les gustan nuestras ceremonias y asisten de buena gana á nuestros sermones. Muchos de ellos vienen á recibir en nuestras escuelas la instrucción que les es imposible adquirir en otra parte, y estos no tardan en desprenderse de sus preocupaciones, en conocer que su fé no descansa sino en cimientos ruinosos, y en concebir de la nuestra una idea más favorable. Si á estas primeras impresiones se agrega el influjo que los maestros y maestras ejercen necesariamente en los niños, la confianza que les inspiran con una vida de virtud y de sacrificio, las repetidas esplicaciones del catecismo, fácil es de comprender, y la experiencia no permite dudar de ello, que muy luego el retorno ó conversión de los hereges consolará á la Iglesia de la pena que la está causando su defección.»

Respecto de los griegos esparcidos por la Siria, la Palestina y el Egipto, se cree vulgarmente que casi todos están separados de la Iglesia romana; pero es un error. Véase lo que dice un documento auténtico, publicado en 1840, con el título de *Memoria acerca del estado actual de la Iglesia griego-católica en Levante*: «Los tres patriarcas griegos-cismáticos de Antioquia, de Alejandría y de Jerusalen, así como todos sus correligionarios en toda la Siria y en todo el Egipto, apenas pueden formar la tercera parte de la nación griego-católica, y sin embargo persiguen á esta terriblemente.»

Luego si la Europa católica quisiera, la Grecia católica, esparcida en Constantinopla, en Siria y en Egipto, la Grecia de San Juan Crisóstomo, de San Ignacio de Antioquia, de San Cirilo de Jerusalen, de San Atanasio de Alejandría, lejos de verse oprimida por los sectarios de Focio en provecho de la Rusia cismática, se mostraria valerosamente hermana agradecida del Austria y de la Francia.

Más en lugar de esto ¿qué hace la Europa política? Ella ha gastado sus tesoros y la sangre de sus valientes para engendrar un aborto del bajo imperio, que asienta por primer fundamento de su existencia la hostilidad contra la Iglesia católica, contra la Europa católica, contra la humanidad católica, en beneficio de los cosacos y de los tártaros. En efecto, el nuevo reino griego, juguete de la Europa literaria, es en el fondo la vanguardia de los ejércitos rusos para invadir á la Europa, dividida contra sí misma por el cisma y la heregía. Y esta vanguardia está pagada por la Francia; porque la Inglaterra protestante ya sabrá sacar su partido; tal vez gane en ello la apostasia de alguna casa reinante, tal como la de Baviera, en otro tiempo tan católica, y ahora tan solícita en aliarse con el cisma y con la heregía.

Los armenios, á quienes hemos visto ser los primeros de todos los pueblos en abrazar en cuerpo de nación el cristianismo, desde fines del tercer siglo, le conservaron en su pureza durante dos siglos. Dejaronse después intencionar de las heregías de Nestorio y de Eutiques. Son vencidos por los persas, por los sarracenos, y dejaron de formar un cuerpo de nación. Desde hace ya muchos años una parte considerable de entre ellos se reunieron á la Iglesia romana y en ella reciben una nueva vida. Los estudios comienzan á reflorcer entre ellos, principalmente por la solícitud de los religiosos mequitistas, los cuales tienen célebres escuelas en Viena y en Venecia donde se forman doctores llenos de celo y de ciencia. En nuestros días los armenios católicos han mostrado un heroísmo único quizá en la historia. En 1829 los hemos visto salir de Constantinopla en número de treinta mil y marchar al destierro con sus mugeres y sus hijos, abandonando sus bienes, sus casas y su comercio, por no comunicar con el patriarca cis-

mático que al efecto había provocado contra ellos esta violencia del sultan. Dios ha recompensado su fidelidad. Desde aquella época tienen en Constantinopla mismo un arzobispo católico suyo. También tienen un arzobispo católico en Leopold, en la Galitzia ó Polonia austriaca, y un patriarca católico en el Monte Líbano. Unidos por medio de ellos á la fuente de la vida, á la Catedral de San Pedro, parecen destinados á servir de instrumento á la Providencia en la regeneración del Oriente, comenzando por su misma nación, en la cual no son raras las conversiones.

Entre todas estas conversiones, la mas notable es sin disputa la de Mons. Artin, arzobispo herege en Van en Armenia. Su eminente talento, junto con la autoridad de una vida ejemplar, hacia fuese considerado como una de las mas firmes columnas de su secta, en la que ocupaba una de las principales Sillas. Muchas veces el patriarca cismático de Constantinopla le había llamado á esta capital para valerse de su elocuencia á favor del error. El año pasado, escribia en 1840 el superior de los paules en la ya citada carta, estaba todavía encargado de dirigir á sus correligionarios una serie de instrucciones, con el objeto de precaverlos contra el proselitismo protestante, por el cual muchos de ellos se habían dejado sorprender. Gracias á la elevación de su espíritu, á la rectitud de su corazón, y sobre todo á una secreta inspiración de lo alto, Mons. Artin no tenia antipatía alguna con nuestra Iglesia. La notable diferencia que en mil ocasiones había podido observar entre la conducta de los sectarios y la de los católicos, diferencia enteramente favorable á estos, le había inspirado cierto afecto á nosotros y á nuestras doctrinas. Mas de una vez sucedió que desde el púlpito propuso nuestros cristianos por modelo á los hereges, exhortando á estos á que honrasen su fé con sus

virtudes como la honraban aquellos. Un dia llegó hasta decir que mejor quisiera ver á sus hermanos entrar en el gremio de la Iglesia romana que verlos pasar á las filas del protestantismo. Esto bastó para que contra él se desencadenase el odio del patriarca cismático y de todo su clero. Despidiósele pues bruscamente á su diócesis y se le prohibió volver á poner los pies en Constantinopla. La Providencia había permitido le sobreviniese esta desgracia para acabar de abrirle los ojos. Comprendió entonces que el espíritu de Dios no podía estar con un partido en el que se proscribía con tanto encarnizamiento un mero homenaje á la verdad, una legitima inclinación á lo que parece digno de todo respeto. No tardó pues en tomar su resolución. Fué á echarse en los brazos del Sr. Leleu, nuestro prefecto apostólico en Constantinopla, y le suplicó diese la última mano á una conversión que la gracia había comenzado tanto tiempo había en su corazón. Este paso produjo honda sensación. Temeroso el patriarca cismático de las consecuencias que no podía menos de tener, á causa de la reputación del prelado, no dejó piedra por mover á fin de conseguir del gobierno turco que le fuese entregado como un tráfuga. El clero cismático apoyó y secundó con todas sus fuerzas las intrigas de su gefe, y fué menester toda la influencia del embajador francés para resistir á esos aunados esfuerzos y conservar á la Religión su gloriosa conquista.

No se hicieron esperar mucho tiempo los resultados que la heregía había querido evitar. Al saber la conversión de su primer pastor, setecientas personas de la ciudad de Van resolvieron seguir su ejemplo y pasaron á Constantinopla para recibir sus instrucciones. No tardaron en comunicarse sus sentimientos á sus correligionarios de la capital; á todas horas se veía asediada la casa de los misione-

ros para conferenciar con el prelado armenio acerca de la abjuración que meditaban. Por último, el 6 de agosto último (1840), monseñor Artin fué reconciliado con la Iglesia en presencia de una multitud de hereges, á quienes exhortó á que volviesen con él al verdadero camino de la salvación.

Poco tiempo después de este discurso, que respiraba toda la unción de una alma que se contemplaba feliz en poseer ya la verdad, se contaban ya mil doscientos imitadores de esta memorable conversión. El venerable arzobispo ha visto desde entonces amenazada muchas veces su vida, y hasta se ha intentado poner fuego á la casa de los misioneros á fin de que en ella le abrasasen las llamas. Para librarle de estos peligros se le aconsejó hiciese un viaje á Francia; con lo cual se realizaria también su deseo de prepararse en el retiro para trabajar algún dia en la conversión de sus antiguos diocesanos, á cuyo efecto se proponía pasar dos años en la comunidad de los misioneros de París, de donde volvería luego á salir para la Armenia, lleno de valor y de esperanza.

En 1849 los armenios de Adana, obispado sufragáneo de Tarso, en la primera Cilicia, así como los de Tarso y de los pueblos circunvecinos, estaban todos inficionados de la heregía y entregados especialmente á los errores de los monofisitas ó de Eutiques. Viéndose estos infelices abandonados de los gefes de su religión y además abrumados de una infinidad de males, hicieron saber al cónsul de Francia en Alepo que su intención era hacerse católicos y someterse á la obediencia del patriarca armenio católico, Gregorio Pedro VIII. El patriarca, sabedor de ello por el cónsul, juzgó prudente no contar con la buena voluntad y perseverancia de los que hacían tan repentinamente semejante petición y se abstuvo de enviarles sacerdotes. Pero habiendo reci-

bido nuevas y mas circunstanciadas noticias, envió á Adana un obispo y dos sacerdotes, quienes, conociendo perfectamente la lengua y las costumbres del país, hicieron en poco tiempo mucho bien, á pesar de todos los esfuerzos de los dos patriarcas cismáticos y hereges de Constantinopla y de Cilicia. Estimulados con el buen éxito obtenido en Adana, los dignos sacerdotes encargados de esta misión pasaron igualmente á Tarso, donde han abrazado la verdadera fé veinte y cinco familias, y aún habría sido mas abundante la mies evangélica si el hombre enemigo, obrando como obraba en los primeros tiempos del Evangelio, no hubiera sembrado la cizaña en el campo en que había sido sembrada la buena semilla.

Los cónsules de Francia y de Cerdeña y el vice-cónsul de Nápoles, residentes en Tarso, enviaron al patriarca unas declaraciones por escrito atestiguando el éxito de su misión, la buena conducta de sus misioneros y las duras persecuciones que tuvieron que sufrir por parte de los enemigos del catolicismo. Las nuevas conversiones llenaron de gozo el paternal corazón del patriarca Gregorio Pedro VIII, el cual obtuvo de la Puerta Otomana que los convertidos fuesen inscritos entre los católicos, lo cual costó una suma considerable de dinero, y ha comprado en Adana otra casa con el objeto de hacer una capilla mas grande, hasta que llegue el venturoso dia de que pueda consagrarse en aquel país al culto del verdadero Dios un templo católico digno de este nombre, en el que las poblaciones puedan ver una prenda de la caridad evangélica que arde en los pechos de los verdaderos fieles de Jesucristo (1).

Los sirios católicos son de dos clases: los melkitas, que siguen el rito griego; y los

(1) *Univers* de París del 23 de febrero de 1852.

sirios, que siguen el rito siríaco. Los primeros tienen un patriarca con nueve obispados; los segundos, un patriarca con cinco obispados. Ya hemos visto al arzobispo cismático de Damasco, Mons. Hiliani, volver al gremio de la unidad, atrayéndose consigo varios obispos y casi todos sus diocesanos.

Los maronitas son aquellos sirios que, cuando la caída del poderío bizantino en Siria y la invasión de los sarracenos, se refugiaron á las montañas del Líbano, donde han conservado hasta hoy su fé y su libertad. Si algun tiempo se dejaron inficionar de la herejía, hace ya siglos que se purificaron de ella y se reconciliaron sinceramente con la Iglesia romana. Hoy la nacion maronita, inviolable en su ortodoxia como en su independencia, habita el Monte Líbano, su cuna y su asilo, para esparcirse por las costas de Siria, donde da por todas partes el consolador espectáculo de su fé, de su inteligencia y de su valor. Está sujeta á un patriarca que toma el título de Antioquia y que tiene bajo su jurisdiccion nueve diócesis. El clero se compone de quinientos sacerdotes seculares y de mil seiscientos monges, de los cuales seiscientos son sacerdotes, divididos en tres distintos órdenes, bajo la regla diversamente modificada de San Antonio; quinientos mil católicos, todos fieles á las observancias exteriores de la Religión, y que cumplen con el precepto pascual; trescientas veinte iglesias, ciento nueve conventos, en muchos de los cuales hay prensas tipográficas para la impresion y propagacion de buenos libros; cinco seminarios particulares, abiertos gratuitamente á la juventud de todas las naciones; una casa de noviciado para las misiones; un colegio por cada diócesis, y en cada pueblo una escuela donde se enseña á leer, escribir y contar y los rudimentos de la doctrina cristiana. Los maronitas son la nacion-modelo del Oriente.

Al lado de ellos, en las mismas montañas, hay una nacion muy diferente, cuyo misterioso origen y cuya religion todavia mas misteriosa nadie habia sabido jamás penetrar; hablamos de los Drusos. En nuestros dias un sábio francés, Silvestre de Sacy, ha penetrado y aclarado esas profundas tinieblas. En el siglo XIX algunos franceses, á quienes podria llamarse enfantinianos, pretendieron concentrar la divinidad en un hombre bastante mediano, llamado Eufantio; pero esta pretension, una vez conocida en Francia, cayó en ridiculo. A principios del siglo XI un sucesor de Mahoma, el califa H kem, déspota caprichoso y feroz, llegó hasta pretender que él era la divinidad hecha visible y que despues de su muerte volveria algun dia para reinar sobre toda la tierra. Esta pretension estravagante de un monstruo halló crédito entre los musulmanes del Egipto y de la Siria; y Hamza, uno de los ministros de Hakem, hizo de ella el dogma fundamental de una religion nueva, ó mas bien de una nueva idolatria. Pues esta es la religion de los Drusos, la cual ha estado de intento cubierta de tinieblas para asegurar á una aristocracia fraemasónica el despotismo político y moral sobre un pueblo ignorante. Pues bien: este pobre pueblo, sepultado desde hace tantos siglos por sus genes en una ignorancia y barbarie sábiamente calculadas, comenzaba en 1838 á abrir sus ojos á la luz y su corazon al amor del catolicismo, como puede verse en el *Cuadro general de las principales conversiones desde principio del siglo XIX* (1); mas estos principios de conversion quedaron paralizados por la guerra que despues se encendió entre los drusos y los maronitas.

Mas allá los caldeos, ese pueblo primitivo del cual salió el patriarca Abraham y del

(1) Tomo 2, p. 240; segunda edicion.

que los babilonios, los asirios y los sirios ó arameanos no son mas que unas ramas que se estendieron por las llanuras, subsisten todavia en sus ásperas montañas y en los paises vecinos, conservando la misma lengua que en tiempo del patriarca, lengua que les es comun con los hebreos, salvo las diferencias de dialecto. Una parte de esta antigua nacion es católica; pero la otra se halla inficionada con las herejías de Nestorio y de Eutiques, los Luteros y Calvinos del siglo quinto, que *protestaroc* el uno contra la unidad de persona, y el otro contra la distincion de naturalezas en Jesucristo. Los caldeos católicos, que vienen á ser unos ciento cincuenta mil, tienen un patriarca, cuatro arzobispos y cinco obispados. Su patriarca Juan de Hormés acaba de morir á la edad de mas de cien años. Nacido de una familia nestoriana herética, que está en posesion del patriarcado desde hace trescientos diez y nueve años (pues entre los nestorianos esta digidad se trasmite del tio al sobrino), fué consagrado en 1776 arzobispo de Mossul por su tio para que le sucediese en el patriarcado de Babilonia. Muerto este tio, Juan de Hormés abrazó la fé católica en 1780, y en 1783 le confirmó Roma todos sus títulos, escitándole á merecer con sus trabajos y su fidelidad ser revestido con el sacro pálio; honor que le fué concedido mucho despues, á saber, en el año 1834. Cuando se convirtió, las diócesis de Mossul, de la Media y de Kerkouk estaban casi enteramente en poder de los nestorianos; pero Mons. Juan de Hormés logró atraer á la unidad á la mayor parte de sus sacerdotes y espulsó á los que no quisieron reunirse á la Santa Iglesia romana. Desde este momento data el incremento del catolicismo en aquellos paises. El respetable anciano ha sufrido durante su vida innumerables persecuciones; pero siempre ha permanecido firme en la fé. Era tal su austeridad que jamás comió de car-

ne y se alimentaba solamente con legumbres. Desde la ruina de Alcoche, su patria, se vió reducido á la mayor miseria; pero afortunadamente en los últimos años de su vida vino en su socorro la obra de la Propagacion de la fé.

Hé aqui unos hechos curiosos que nos refiere Eugenio Boré acerca del modo con que el catolicismo se conserva y propaga entre los caldeos; y en primer lugar, cómo fué llevada la fé católica al país de Selmas, la antigua Media.

Hace un siglo vivia un jóven caldeo de Diarbekir, convertido por el celo de los dominicos que evangelizaban aquella parte del Asia occidental. Despues de haber atravesado las altas montañas del Kurdistan, llegó al pueblo de Khosrova á ejercer su oficio de tintorero. Era muy igoorante segun el mundo; pero la gracia le habia deparado una ciencia preferible á aquella á que, á pesar de sus tinieblas y de su insuficiencia, nos impele el orgullo. Sabia amar á Dios y á su prójimo, practicando asi toda la ley que se resume en este doble precepto. Es propio de la verdad, rayo de la luz increada, el esparcirse y brillar fuera, comunicando sus secretos ardores á todo cuanto la rodea; asi pues el jóven artesano vino muy luego á ser el apóstol de los jóvenes aprendices que le habian tomado por maestro, y cuya conversion obtuvo con sus instrucciones y aun mas con sus buenos ejemplos. A estos prosélitos se agregó un hombre viudo, que tenia alguna instruccion y que fué reputado capaz de servir de padre espiritual á aquella sociedad naciente; tanto que le enviaron al patriarca de Mossul para que le ordenase. Cuando volvió, su casa sirvió de capilla á los católicos. La intolerancia de los nestorianos, entre los cuales vivian, los obligaba al secreto, y supieron guardarle con tanta escrupulosidad que durante veinte años consecutivos pudo su iglesia con-